

Sartre: burocracia, socialismo y progreso

Jorge Chabat

Los acontecimientos de diciembre pasado en Polonia han vuelto a poner en la palestra la vieja discusión sobre la democracia del socialismo "real". En Francia, la cuestión polaca ha sido el parteaguas de la actitud ante la URSS. La izquierda francesa se ha dividido entre aquellos que, como Simone de Beauvoir insisten en que, a pesar de todo, el socialismo es el futuro¹ y aquellos que, como Dominique Pignon y Pierre Rigoulot, del comité de redacción de *Les Temps Modernes*, insisten en que "El socialismo democrático no existe más y la doctrina marxita - leninista (. . .) conduce inevitablemente a la opresión y a la dictadura".² Ciertamente, casi nadie apoyó el golpe de Jaruzelsky en Polonia, pero las críticas vinieron desde distintas posiciones: la derecha que considera inevitables estas crisis del socialismo; la izquierda desencantada que también las considera inevitables y la izquierda crítica, que a pesar de condenar los hechos inmediatos, no ve en éstos una descalificación del socialismo "real".

En este contexto, ¿cuál hubiera sido, en 1982, la posición de Sartre ante Polonia? Seguramente hubiera protestado públicamente, pero hubiera rescatado el valor del marxismo como guía para la crítica de la misma sociedad socialista. Hubiera, sin duda, criticado el socialismo "importado", la revolución "hecha en las alturas", los jefes "impuestos por el Ejército Rojo".³ Habría incluso planteado, como lo hizo en 1975, que "hace falta otro pensamiento que tenga en cuenta al marxismo para

¹ *Le Point*, No. 489, 1er. fevrier 1982, p. 79.

² *Ibid.*

³ "Le Fantome de Stalin", *Les Temps Modernes*, noviembre 1956-enero 1957 p. 650.

superarlo, para negarlo y retomarlo, envolverlo en sí mismo. Es la condición para llegar a un verdadero socialismo".⁴ Pero hubiera sido probablemente, lo más lejos que habría llegado. De hecho, su actitud en la invasión soviética de Hungría en 1956, y de Checoslovaquia en 1968, no señaló una ruptura con el socialismo de la URSS, sólo una crítica, razonada, y hasta feroz, sobre todo en 1968, pero en el fondo había una aceptación de las razones de Stalin.

En 1952, Sartre, en plena guerra fría, escribió un largo ensayo titulado "Los comunistas y la paz", que es una impresionante justificación de la política de la URSS, la cual el propio Sartre explicará dos décadas después en estos términos: "Ante la amenaza de una guerra que hacia 1950-1952 parecía inminente, sólo era posible una elección: estar con los Estados Unidos o estar con la URSS. Elegí la URSS. Estuve condicionado por la situación internacional, pero también por la existencia de un partido comunista que me parecía expresar las exigencias del proletariado. Era el momento de la visita de Ridgway a París, de la violenta manifestación que provocó y del arresto de Duclos. El anticomunismo del gobierno se hizo evidente. Me sentí tan indignado que escribí para *Les Temps Modernes* tres artículos con el título 'Los comunistas y la paz', en los cuales me declaraba compañero de ruta del PCF".⁵ Sin embargo, había algunas diferencias de Sartre con los comunistas que afloraron en 1956, con la invasión soviética de Hungría. El propio Sartre explica su actitud de aquellos años:

"1952 no fue muy importante. Estuve durante cuatro años muy cerca de los comunistas, pero mis ideas no eran las suyas y ellos lo sabían. Me usaban sin preocuparse demasiado y sospechaban que si se producía un hecho como el de Budapest, yo aflojaría; lo que no dejé de hacer".⁶

Este distanciamiento de 1956 es muy importante para fijar los límites de las diferencias con el Partido Comunista Francés y la URSS y para descubrir toda una concepción sobre la burocracia socialista de Stalin que Jrushov se había encargado de atacar ya en 1954. La posición de Sartre al respecto quedó espléndidamente expuesta en un largo artículo aparecido en *Les Temps Modernes*: "El fantasma de Stalin". Aquí Sartre fija los límites de su crítica: "Es el socialismo mismo el que puede y debe apreciar la acción del socialista Guy Mollet, la acción de la Rusia socialista".⁷ Sartre reprueba la condena puramente "moral", indignarse "en nombre del derecho de gentes"⁸ y propone que para un juicio "total" de un gobierno o de un partido, hay que juzgar "políticamente".⁹ Y es sobre este marco que Sartre, si bien condena las "revoluciones prefabricadas" que Moscú exporta a los demás países socialistas,¹⁰ explica la naturaleza del stalinismo: "El 'socialismo en un solo país' o stalinismo no constituye una desviación del socialismo; es el rodeo que le es impuesto por las circunstancias: el ritmo y la evolución de esta construcción defensiva no son determinados por la única consideración de los recursos y los deseos soviéticos sino

⁴ Sartre, Jean Paul. *Autorretrato a los setenta años*, Situations X, Losada, Buenos Aires, 1977, p. 100.

⁵ *Sartre y el marxismo*. Cuadernos de Pasado y Presente. México, p. 33.

⁶ Sartre. *Autorretrato*. . . *Op. Cit.* pp. 88-89.

⁷ "Le Fantome de Stalin", p. 581.

⁸ *Ibid.* p. 578.

⁹ *Ibid.* pp. 579-580.

¹⁰ *Ibid.* p. 650.

también por las relaciones de la URSS con el mundo capitalista, en una palabra, por las circunstancias exteriores a la socialización que la obligan sin cesar a transigir sobre sus principios".¹¹ Estas contradicciones "provocan un conflicto de clase entre obreros y campesinos y separan los dirigentes de las masas trabajadoras; un sistema autoritario y burocrático se instaura donde todo es sacrificado a la productividad".¹² Un concepto clave que está detrás de esta explicación del estalinismo, el cual desarrollará luego en la *Crítica de la razón dialéctica* es el de la escasez. Como ha apuntado Ben Brewster, al referirse a este concepto en la obra de Sartre, "es la competencia por los medios de subsistencia escasos lo que conduce a la división social del trabajo, y de ahí a la explotación del hombre por el hombre, de maneras específicas para todas las sociedades, hasta el presente, según sus determinaciones históricas específicas".¹³

Es este concepto dibujado el que le permite ya a Sartre señalar en "El Fantasma de Stalin" que no ha considerado jamás a la burocracia como una clase.¹⁴ Además, esta burocracia no "explota al proletariado".¹⁵ Es absurdo pretender ambas cosas, insiste Sartre, pues es el Plan el que legitima sus privilegios: "su ambición personal no se distingue de su devoción al socialismo concebido como planificación abstracta, es decir, finalmente, como crecimiento continuo de la producción".¹⁶ El plantea-

miento es, obviamente, lógico. El estalinismo se explica por una situación de escasez, externa al socialismo que le obliga a transigir en algunos principios ("los intereses a largo plazo de la construcción socialista se oponen a los intereses inmediatos de la clase trabajadora"),¹⁷ con tal de mantener un principio clave: la productividad. Curiosamente, este principio se encuentra claramente plasmado en la Constitución de la Unión Soviética, de 1936: en su artículo 11, señala "El plan económico estatal determinará y guiará los asuntos económicos de la URSS con el propósito de incrementar la riqueza de la sociedad, de ampliar rápidamente los niveles materiales y culturales de la clase trabajadora, y fortalecer la independencia de la URSS y su potencial de defensa".¹⁸

Pero este concepto, que el propio Sartre reconoce que se encuentra "también en la economía capitalista"¹⁹ es una herencia del pasado y de Occidente. Es cierto, como apunta Sartre, "la Revolución, cualquiera que sea, no hace milagros; hereda la miseria que el Antiguo Régimen produjo",²⁰ pero hereda también esta necesidad de acrecentar la producción de los medios de producción.²¹ Hereda esta visión del progreso tan característica de la civilización occidental,²² que curiosamente encaja en el marxismo, al decir de Nisbet, en una forma tan evidente, que no hay en todo el siglo XIX nin-

11 *Ibid.* p. 642.

12 *Ibid.*

13 Brewster, Ben. "El filósofo y la política", en *Sartre y el Marxismo*, Cuadernos de Pasado y Presente 9, México, 1976, p. 14.

14 "Le Fantome de Stalin", p. 623.

15 *Ibid.* p. 636.

16 *Ibid.*

17 *Ibid.* p. 632.

18 Finer, S. E. (ed) *Five Constitutions*, Penguin Books, London, 1979, p. 120.

19 "Le Fantome. ..." p. 648.

20 *Ibid.* p. 633.

21 *Ibid.* p. 648.

22 Cf. Nisbet, Robert. *Historia de la idea del progreso*, GEDISA, Barcelona, 1981, c1980.

gún pensador importante en cuya obra aparezca un concepto del progreso tan “inexorable, irreversible y gradual de la humanidad hacia la edad de oro”.²³

Esta es una de las claves para entender los alcances de la crítica de Sartre al estalinismo: el problema es desestalinizar, no renegar del socialismo. Y es en este punto donde su concepción del intelectual complementa su concepción de la burocracia socialista.

A pesar de que las definiciones que da Sartre del intelectual resultan un poco contradictorias, es posible descubrir dos actitudes básicas, relacionadas con el socialismo y con el capitalismo. Para Sartre el umbral entre la sociedad capitalista transformable y la acción radical, “hace tiempo que ha sido cruzado”,²⁴ por lo que el trabajo de la izquierda es crear una situación revolucionaria. Y aclarando: Sartre “no cree que uno pueda ser intelectual sin ser izquierdista”.²⁵ Esto es, en las sociedades capitalistas la acción revolucionaria es una consecuencia de este umbral sobrepasado. En las sociedades socialistas, en cambio, se “debe ser crítico e investigar los fundamentos de la práctica revolucionaria soviética”.²⁶ E insiste Sartre “no es posible tener una actitud demasiado crítica hacia la URSS como para romper la comunicación con ella. Lo que se requiere es un cuidadoso examen de la situación, y el intelectual —en la pequeña medida en que él puede influir sobre los acontecimientos—, debe favorecer al progreso. Esto es, debe ceñirse estrictamente a una correcta interpretación de los

principios”.²⁷ Esta visión del intelectual encaja muy bien con la explicación del estalinismo. No se puede romper con el socialismo soviético, hay que criticar sus fundamentos, rescatar ese socialismo deformado por la realidad externa que atenta contra la norma fundamental de la productividad.

Sin embargo, Sartre es más explícito en su concepción del papel del intelectual y su relación de éste con la burocracia, lo cual nos lleva a un punto clave de este análisis. En un libro que contiene tres conferencias dictadas en Japón en 1965, Sartre amplía y sistematiza estos conceptos sobre el intelectual. Tal vez sería conveniente comenzar por lo que *no es* un intelectual: “El conjunto de esos técnicos del saber práctico no son ya intelectuales pero es entre ellos —y en ninguna otra parte— donde se reclutan”.²⁸ Ahora bien, este conjunto de técnicos del saber práctico desempeña una función muy especial: es este grupo el que realiza el estudio de los medios de las tareas de la sociedad. Los fines, según Sartre, son definidos por la clase dominante y realizados por la clase trabajadora.²⁹ Es de ese grupo de “sabios, ingenieros, médicos, juristas, profesores, etc.”,³⁰ de donde se reclutan los intelectuales. Pero este grupo tiene, además, una característica global importante: proviene de la burguesía, no es una clase ni una élite, y está totalmente integrado a la vasta empresa que es el capitalismo comercial a quien le proporcionan los medios de mantenerse y ampliarse³¹. Quizás la ca-

²³ *Ibid.* p. 360.

²⁴ Sartre, Jean Paul. *Realidad social y expresión política*, Ediciones Síntesis, Buenos Aires, 1976, p. 26.

²⁵ *Ibid.* p. 13.

²⁶ *Ibid.* p. 19.

²⁷ *Ibid.* p. 21.

²⁸ Sartre, Jean Paul. *Plaidoyer pour les intellectuels*, Gallimard, París, 1972, p. 17.

²⁹ *Ibid.* p. 16.

³⁰ *Ibid.*

³¹ *Ibid.* pp. 18-19.

racterística más relevante es que el pensamiento científico y técnico de este grupo no desarrolla su universalidad más que *bajo control*. Esto es, posee una ciencia sometida a un particularismo (proveniente de la clase dominante) que se convierte, por ese hecho, en ideología.³² Sin embargo, existe una contradicción en este grupo, aquella del combate permanente en él de su técnica universalista y de la ideología dominante.³³ Esta contradicción abre dos posibles caminos al miembro del grupo de técnicos del saber práctico: a) aceptar la ideología dominante y volverse apolítico, agnóstico, etc., y b) rehusar ser el agente subalterno de la hegemonía y “el medio de fines que ignora o que se le tiene prohibido protestar”.³⁴ Como es fácil suponer, esta segunda característica es la que define al intelectual: “es el hombre que toma conciencia de la oposición en él y en la sociedad, entre la búsqueda de la verdad práctica (con todas las normas que ella implica) y la ideología dominante (con su sistema de valores tradicionales)”.³⁵

En este punto, ¿cuáles son las posibilidades que plantea Sartre para el éxito de la labor intelectual? Prácticamente ninguna, pues “las sociedades en crecimiento se definen por la extrema deversificación de los modos de vida, de las funciones sociales, de los problemas concretos”,³⁶ lo cual implica una importancia del aspecto técnico subordinado, que no cuestiona nada. Ello ocasiona que el técnico del saber práctico tenga, “en tanto que funcionario subalterno”, un cierto poder, mientras que el



intelectual no tiene poder.³⁷ De hecho, su esfuerzo hacia la universalización, lo identifica con la lucha contra la explotación, la opresión, la alienación, las desigualdades.³⁸ Su lucha contra el particularismo de la ideología dominante, le hace tomar el punto de vista de aquellos cuya existencia misma la condena.³⁹ Es en esta búsqueda de la verdad, contra la ideología, que ambos se encuentran y se identifican. La función final del intelectual es destruir la ideología y evitar que surja de nuevo en las clases populares.⁴⁰ De ahí que su papel esté ligado con la izquierda, como lo señalara Sartre más arriba.

³² *Ibid.* p. 33.

³³ *Ibid.* p. 38.

³⁴ *Ibid.* pp. 37-38.

³⁵ *Ibid.* pp. 40-41.

³⁶ *Ibid.* p. 12.

³⁷ *Ibid.* p. 80.

³⁸ *Ibid.* p. 68.

³⁹ *Ibid.* p. 65.

⁴⁰ *Ibid.* p. 73.

Curiosamente, esta concepción de Sartre, del intelectual, surgido del grupo de técnicos del saber práctico, es muy semejante a la concepción de Alvin Gouldner para quien la Nueva Clase modernizante que surge en las sociedades avanzadas se divide en una *intelligentsia* técnica, cuyos intereses son fundamentalmente “técnicos” y los *intelectuales*, cuyos intereses “son primordialmente críticos, emancipadores, hermenéuticos y, por ende, a menudo políticos”⁴¹.

Gouldner ve a la burocracia estaliniana como un estadio previo a la entronización de esta nueva clase. Esta burocracia de viejo cuño que para Gouldner es todavía una mezcla de disciplina e ineficiencia, ve amenazado su poder precisamente por esta Nueva Clase que es “capaz de aumentar el nivel de productividad, puede confiar más en las recompensas que en los castigos y en la ejecución desmitificada de tareas, sin la mística de la autoridad o la extorsión de deferencia personal”.⁴² A pesar de que Sartre no le da mayor posibilidad de independencia al grupo de técnicos del saber práctico, es interesante notar cómo en “El fantasma de Stalin” percibe este cambio de los técnicos por los burócratas de viejo cuño y se preocupa por él: “uno puede imaginar que la administración y los órganos del Estado no ven sin inquietud el desarrollo de una sociedad que se hace cada día más técnica: ¿de dónde vendrá el impulso revolucionario?”⁴³ Sartre, con su lucidez característica, roza los bordes de la contradicción interna de su planteamiento del estalinismo; si el grupo de técnicos del saber práctico no puede desarrollar la crítica, si ésta se refu-

gia en un grupo de intelectuales sin poder, que si bien coinciden con las demandas de la clase obrera, son *desplazados del espacio del Estado* por la burocratización primero y por la tecnificación después, ¿quién puede parar esa carrera productivista que *las circunstancias* externas han impuesto a la URSS?

Sartre no puede resolver este planteamiento mediante la acción clara de una élite política a la que se ha negado capacidad de *decisión política* en la adaptación de la realidad económica de la URSS a las presiones externas. Sartre sugiere “tener confianza en sus trabajadores, en sus estudiantes, en aquellos que en el seno del aparato, luchan por la eliminación del estalinismo”.⁴⁴ Pero la pregunta vuelve a surgir, ¿cómo podrán hacer eso las masas trabajadoras, cuya situación, reconoce Sartre, no ha cambiado? ¿Qué podrán hacer los obreros cuya “contradicción entre su naturaleza humana y su existencia vital no ha desaparecido?”⁴⁵ Y ¿si su apreciación de lo que es la desestalinización, la desburocratización, no coincide con la de la burocracia o tecnocracia soviéticas? Los estudiantes o los intelectuales, ¿cómo podrán recuperar el espacio invadido por la burocracia? ¿Con qué poder? ¿Quién decidirá el momento en que esta etapa de industrialización forzada debe terminar?

La contradicción no es fácil de resolver, a menos que uno conciba una clase dirigente que tomó la *decisión política* de burocratizarse y que puede tomar una decisión en sentido contrario. Pero aún así, ¿en qué medida es posible cambiar toda la estructura de poder erigida sobre esta base burocrática, de la cual, sin duda, esta posible élite política se beneficia?

⁴¹ Gouldner, Alvin. p. 71.

⁴² *Ibid.* pp. 77-78.

⁴³ “Le Fantome. . . p. 664.


⁴⁴ *Ibid.* p. 679.

⁴⁵ *Ibid.* p. 633.

Esta discusión debería, sin duda, conducirnos a aquella de si la burocracia —o tecnocracia— soviética es una clase: el problema fundamental, sin embargo, reside en sus perspectivas de permanencia. La preocupación de Milovan Djilas por la definición como “clase” es precisamente esa: “Si la burocracia fuese una nueva clase, su victoria no podría evitarse; sería inevitable porque la originan procesos sociales objetivos”.⁴⁶ Y eso es lo que en el fondo preocupa a Sartre: pensar que su concepción del marxismo en la URSS (“Pienso que el marxismo está en el corazón del sistema soviético y no ha sido desnaturalizado por éste”)⁴⁷ corresponde a un sistema anquilosado que no cambiará. Pensar que la burocracia sea parte intrínseca de este sistema que *no ha desnaturalizado* el marxismo. El punto clave de este conflicto reside en que el sistema soviético (incluido Lenin, obviamente)⁴⁸ adoptó, heredándolo del marxismo, un principio occidental que no puede ser compatible con el triunfo de la clase obrera: el del progreso y la productividad como meta absoluta de la humanidad. Esta productividad implica —como en el estalinismo— el sacrificio de la clase obrera y el crecimiento de ese sector técnico-burocrático que invade el espacio político, sin permitir la acción del intelectual que recuperará esa universalidad que la tecnocracia ha parcializado.

No obstante lo anterior, Sartre tiene, en su análisis del socialismo, un mérito grandísimo: el fijar los límites de la crítica; el encontrar una posición que le permite sortear la disyuntiva Estados

Unidos - Unión Soviética, mediante una crítica de “lo que se hace, en nombre de lo que se quiere, de sus medios en nombre de su fin”.⁴⁹ Aunque Sartre no fue el primero en criticar al socialismo desde la izquierda, su enconada defensa de la URSS cuatro años antes del “Fantasma de Stalin”, permiten descubrir las contradicciones del propio stalinismo. Lo revelador de esta crítica es que muestra un valor aceptado en la URSS y por Sartre, que se antepone, incluso, a las reivindicaciones obreras: la productividad. El que Sartre mismo lo haya digerido sin el menor esfuerzo muestra hasta qué punto era un valor común en los socialistas de dentro y fuera de la URSS. Los efectos del estalinismo, en esta perspectiva, alcanzan a gran parte de la izquierda en Francia, aun a la más crítica, como la de Sartre, acepta los valores finales del estalinismo.

En este aspecto, no es extraña la preocupación reciente de alguna parte de la prensa francesa sobre la actitud de los intelectuales hacia el gobierno de Mitterrand: aparentemente algunos no saben bien dónde queda la izquierda ni la función de su crítica.⁵⁰ El “Fantasma de Stalin” se pasea aún por los Campos Elíseos y amenaza encarnar en una burocracia creciente que ya preocupa al propio gobierno socialista de Mitterrand. La explicación que da Anicet Le Pors, ministro encargado de la función pública recuerda un poco a la de Sartre: “Están los lastres de todo un pasado sobre el cual no se puede volver sino sólo a través de esfuerzos de todo tipo y a largo plazo”.⁵¹ Empezar por recordar la idea del progreso, motor del capitalismo, es el primer esfuerzo para combatir este pasado. 

⁴⁶ Krygier, Martin. “¿La revolución traicionada? De Trotsky a la nueva clase” en *La burocracia. Trayectoria de un concepto*, FCE, México, 1981, p. 195.

⁴⁷ Sartre, Jean Paul. *Autorretrato a los setenta años*, *Op. cit.* p. 99.

⁴⁸ Cf. *La burocracia. . . Op. cit.*, cap. III.

⁴⁹ “Le Fantome. . .” p. 677.

⁵⁰ Cf. “Les intellectuels sont-ils toujours de gauche” en *Le Point* No. 489, 1o. fevrier, 1982.

⁵¹ Cf. *Le Nouvel Economiste* No. 339, 31 mai 1982, p. 50.